

LEA

LIBROS
EDITADOS EN
AYACUCHO

COLECCIÓN
DON
ZOILO

MARTÍN FIERRO OCTAVAS JORNADAS

Memoria de las VIII Jornadas de Promoción,
Investigación y Debate del Universo del
Martín Fierro

MARIANA ACOSTA
Compiladores



MARTÍN FIERRO OCTAVAS JORNADAS

Memoria de las VIII Jornadas de Promoción, Investigación
y Debate del Universo del Martín Fierro

Mariana Acosta

Compiladora



Colección Martín Fierro

Destinada a textos de ficción, cuentos, novelas, poesía.

Su denominación nos remite al gaucho Martín Fierro, personaje de ficción creado por José Hernández para sus obras Martín Fierro [1872] y La Vuelta de Martín Fierro [1879]

Considerada una de las obras cumbres de la literatura argentina. Ayacucho es la única ciudad mencionada en el texto, habiendo sido José Zoilo Miguens el editor de su primera edición.



Colección Don Emilio.

Destinada a textos de no ficción sobre distintas temáticas.

Su denominación nos remite a Don Emilio Solanet. [1887/1979] Polifacético. Académico de Ciencias Veterinarias, político, legislador, profesor universitario, autor entre otros libro de “Pelajes Criollos”, impulsor de la recuperación del caballo criollo.

De su estancia El Cardal partieron sus caballos criollos Gato y Mancha para llegar de la mano de Aimé Tschiffely tres años después a Nueva York.



Colección Hermenegildo

Destinada a la reedición de libros agotados de autores locales o sobre Ayacucho, documentación referida a la historia zonal.

Su denominación nos remite a Hermengildo Luis Italiano [1887/1942] Autodidacta, desempeñó incontables oficios, pero por sobre todo fue periodista.

Fundó y escribió en numerosos diarios y periódicos locales.

Sus “Recuerdos de Antaño” publicados en 464 capítulos a lo largo de seis años, constituyen una historia viva de Ayacucho.



Colección Don Zoilo

Destinada a publicar las conferencias y ponencias presentadas en las distintas Jornadas de Promoción, Investigación y Debate del universo del Martín Fierro.

Su denominación nos remite a José Zoilo Miguens [1826/1877] Ganadero. Primer Juez de Paz de Ayacucho y Arenales, impulsor de la creación de Ayacucho y Presidente de su primer Corporación Municipal, amigo personal de José Hernández, editor de la primera edición del Martín Fierro.

MARTÍN FIERRO

OCTAVAS JORNADAS

Memoria de las VIII Jornadas de
Promoción, Investigación y Debate
del Universo del Martín Fierro

Mariana Acosta
Compiladora



Jornadas de Promoción, Investigación y Debate del universo del Martín Fierro

Martín Fierro : Octavas Jornadas : memorias de las VIII Jornadas de Promoción, Investigación y Debate del universo del Martín Fierro / compilación de Mariana Acosta. - 1a ed compendiada. - Ayacucho : Libros Editados en Ayacucho, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-45539-6-6

1. Investigación Cultural. I. Acosta, Mariana, comp. II. Título.

CDD 809.04

Diseño: Juan Enrique Maya

© 2021, Editorial LEA, Libros Editados en Ayacucho

ISBN 978-987-45539-6-6

LEA, Libros Editados en Ayacucho,
Fondo Editorial de la Municipalidad de Ayacucho,
creado con el objetivo de promover la edición y difusión
de libros de autores locales. (Ordenanza N° 3865/2005)

Todos los derechos reservados

ÍNDICE

Puerta de Hierro	11
La prostitución reglamentada en Ayacucho (1876-1927)	
Nicolás Imaz	
Martín Moureu	
Curiosidades de la Décima Pampeana	19
Enrique Horacio Taborda	
Estudios, actores y libretos.	25
Pampa húmeda, tercer cuarto del siglo XIX	
Marcelino Irianni	
El tratado de Miraflores:	37
A 200 años de un acuerdo histórico.	
Gustavo J. Annessi	
Representaciones del encierro y la figura del	45
gaucho preso en Martín Fierro de José Hernández	
Manuel Vilchez	
La lectura de Martín Fierro a través de la ludificación	51
Erica Dalceggio	
Antonio Lussich, el amigo uruguayo de	55
José Hernández y el error de Borges.	
Mónica Bueno	

Estudios, actores y libretos. Pampa húmeda, tercer cuarto del siglo XIX

Marcelino Irianni

lehs - Conicet

Unicen

Existen varios puentes para acceder al mundo de Martín Fierro, de esos tantos criollos devenidos en gauchos que recorrieron la pampa húmeda hace 150 años. Reunir documentación desperdigada, hurgar pistas de alguno de aquellos protagonistas como un detective en periódicos, archivos de las localidades del interior bonaerense donde dejaron huellas de su paso, es un puente endeble, pero puente al fin. Monsalvo, Tuyú, Ayacucho, un fugaz paso por Tandil, soldado en Azul en 1866, Alvear en 1878 y peón en Guaminí al final de sus días en 1889, son algunas migas que Melitón Fierro dejó caer a su paso, masticando galleta al paso de su pingo.

Leer memorias de comandantes de frontera como Alvaro Barros, quién al parecer informó sobre ese tal Melitón Fierro a su amigo José Hernández, otro. Me consta de este tipo de información sublimar, comentarios anecdóticos, toda vez que el comandante Prado deja escrito algo similar sobre un sujeto casi anónimo para el ejército y la historia llamado Eustaquio Verón, apenas tenido en cuenta hasta el momento de desertar del Trenque Lauquen. Verón comenzó aquel día un derrotero tan real como ficticio, similar al de Fierro, con una pluma con forma de lupa en manos de otro investigador sensible a incorporar gente de los márgenes de la historia. La mirada de comandantes y naturalistas eran similares a las de una galera a toda velocidad, pero a diferencia de otras provenientes de estratos superiores o jefes de vecinos renegados y milicos cansados de hambrear, envolvían de humanidad lo observado, inten-

taban comprender sus actitudes, imaginar el piso de resignación de tanta injusticia. Los cautivos y cautivas también han dejado imágenes de los agregados en las tolderías, en muchos casos gauchos o criollos en vías de serlo. Santiago Avendaño es un cautivo distinguido, pasando parte de su niñez en los toldos, escapado y vuelto a sumarse a la vida indígena como si hubiese rebotado en las paredes de la civilización cuando llegó a su hogar. Alfabeto, dejó memorias de su vida y pagó caro su inteligencia y ser elegido por Cipriano como secretario.

Como fuera, imaginar la vida de ese criollo/gaucha reflejada en los días del propio Hernández, un renegado a su manera, exiliado de Buenos Aires como Fierro de la civilización a la periferia, es un puente que se construye mirando las pisadas que deja el escritor, incluyendo las que no se animó a dar, redondeando dos vidas en una, interviniendo en las problemáticas de su época con un plumín, su tintero y un montón de páginas en blanco. Ya había comenzado en los sesenta a bosquejar su Martín Fierro en denuncias de situaciones injustas del criollo frente al gringo desde su diario El Río de la Plata. Hernández reflejaba en aquellas páginas, con la *Ida* (1872) y *La Vuelta* (1879) lo que alcanzaba a adivinar mirándose en un espejo sucio, en el que también él cambiaba al ritmo de la historia.

Hay otra posibilidad de encontrar el norte de ese laberinto social y económico que nos lleve a Martín Fierro. Pensar y reconstruir la época y espacio (zona cen-

tro y periferia de la provincia bonaerense, 1860/80) es una manera casi idéntica de buscar un insecto o un ave en su hábitat. Fierro se compartió con los bichos pampeanos el nicho ecológico, pero sufrió los embates económicos, sociales y políticos donde se iba moldeando e intentaba acomodarse con más picardía que éxito toda su vida. Sus gritos, puteadas y silencios, además de escasos documentos, guían nuestros pasos hasta acercarnos, como si fuese el grito de un pájaro carpintero o una perdiz colorada, que escuchamos pero no vemos con claridad.

Hernández alternó entre el campo y la ciudad, observando que aquella subespecie del criollo que fue el gaucho, se extinguía, estaba condenada a ello. Podía compararlo con el puma o el guanaco para proyectar un futuro que se convertía en cuello de botella para ese mutante entre criollo y gaucho. Fierro era eso, un guanaco que miraba la tropilla de lejos reuniéndose de tanto en tanto, pero también un puma que no se hallaba en el bullicio ni las muchedumbres, que buscaba su alimento rondando cientos de kilómetros, sus vicios llegando amparado en la oscuridad de la noche a los poblados. Así y todo, algunos documentos de la época, como un ejemplar de La Nación de 1872 y las memorias del gobernador Dámico antes que terminase ese siglo, lo imaginaban viviendo con intensidad y alternando hambre e ira con momentos de intensa felicidad, acaso escuchando una guitarra y teniendo una ginebra apoyada en su bota. ¿Por qué no aceptar que tuvo tantos momentos buenos, sin entrar a discutir qué era aquello para un ser que nos obsesionamos en rodear de desgracias y persecuciones? Todavía resuena música en los poblados o fortines destartados para los días patrios, con fuentones de pasteles y algo de bebida, pero principalmente ponerse la mejor pilcha y acercarse a las pocas mujeres que habitaban la frontera. Era un día de los escasos, pleno desde el amanecer, sin cepos ni retos, sintiéndose algo en medio de la nada por un instante. La felicidad en un instante, esa isla en medio de un mar de penurias salpicadas de mates a escondidas o puchos que les convidaba un visitante, convertía aquellos rotos en filósofos. Esa

es otra faceta de Hernández que vuelca su creatividad y apertura de pensamiento en la guitarra y poesía de su criollo. Eustaquio Verón también fue un filósofo, a su manera, soltando frases punzantes como cuchillos cuando hacía días que no hablaba ni con él mismo.

Hemos elegido este puente, donde faltan algunas maderas, pero se puede transitar con firmeza para acercarnos a las postrimerías del gaucho, el ocaso de un paisaje social donde estacionalmente podía volver para conseguir unos patacones que duraban tan poco como su estadía en esos trabajos. Estamos convencidos que no se puede estudiar sujetos históricos como el gaucho, el indígena o los inmigrantes, levantándolos del espacio como si se tratase de un juego de palillos chinos. Ese estudio es posible y ni siquiera, en los momentos en que vagaba tierra adentro o pensaba solo en un rincón de la toldería donde se asilaba. Pero su vida era más larga y más ancha que esa huella que dejaba su caballo en la planicie o entre cardos punzantes. La matriz de sus conductas, de sus fricciones, sus lugares preferidos, cimentaban precisamente en el compartimento del espacio y el tiempo con otros protagonistas. Sus marchas a la periferia, sus arrebatos, sus silencios y gritos nacían en la desigualdad socio económica de los criollos pobres respecto a los inmigrantes, denuncia carnal de Hernández y Eduardo Gutiérrez con su Juan Moreira, entre tantos otros.

El tercer cuarto del siglo XIX fue un momento bisagra para América latina, Argentina, el Río de la Plata y el centro de una provincia pampeana en expansión. El humo de la revolución industrial oscurecía partes de occidente, aunque llegaba a todos los rincones donde se mezclaba una rara alquimia de creciente consumo con minga y trueque, productos europeos por recursos cuasi naturales recogidos por los lugareños, precios de etiqueta con redondeo del valor de un caballo o dos ovejas.

Frente a estas vicisitudes y obstáculos del historiador para recuperar un máximo posible de nuestro pasado, la disciplina ha mejorado notablemente en diversos aspectos. Cruzar la frontera de la historia política que reinó en la historiografía argentina has-

ta casi 1960/70, no fue un avance menor. Ampliar la mirada y alcanzar interpretaciones más sólidas desde lo económico y social, fueron los primeros escalones para poder, irónicamente, rescatar sujetos históricos que estaban en el subsuelo de cualquier interpretación. Eran apenas telones de fondo para explicar sucesos militares o gubernamentales donde indígenas, criollos e inmigrantes que no alcanzaron progresos materiales sustanciales, no sólo eran innominables, sino anónimos en medio de griterías de revueltas o silencios no menos peligrosos. Aquellos protagonistas estuvieron demasiado tiempo en los márgenes de la historia. ¿Qué decir entonces de sujetos históricos marginales como Martín Fierro que eludía la policía o la milicia, pero también los escuetos registros del Estado? Invisible en el papel, se materializaba con toda su sabiduría y ocasionalmente violencia, para hacerse un lugar, dejar de ser siempre sapo de otro pozo. El entrevero con cantores en pulperías abarrotadas de curiosos, era otra forma de presentarse, de desmentir algo, contar alguna pelea, denunciar injusticias como un Homero pampeano que deleitaba con su relato a las muchedumbres. No ha faltado quien compare aquellas payadas e introducciones al tema como verdaderos periódicos escuchados y desparramados por el pago como semillas al viento.

La cocina de la Historia, como gustamos de llamar al lugar donde se prepara el texto que se degusta en el salón, ese espacio donde el historiador cual verdadero chef analiza cuánta verdura tiene, si acaso queda carne y huevos, si hay cebolla y sal. Con ese pequeño recuento, esboza la comida que podría preparar, igual que haría un historiador delante de pocos documentos, relatos, entrevistas orales y quizá, con suerte, fotos y cartas, quizá un mapa. No es menor en esa cocina, decidir la mirada corta, de microscopio, para observar el frasco de pimienta o la mirada amplia, con un paneo de la totalidad de la cocina donde, llamativamente, se ubica un par de ajos y un chorizo colorado colgando del techo. La historia es todo lo que nos antecede, pero hay que decidir el recorte espacial y temporal, además del objeto de estudio munidos de teoría y

conceptos acordes. Hecho ello, podemos intentar analizarlo. A Martín Fierro se lo puede seguir con un microscopio por Azul, Alvear o Guaminí, o en su defecto, observar un escenario temporal y geográfico, donde lo económico, lo social y lo político, se presentan como nichos ideales donde aquellos pudiesen sobrevivir. Un margen de una sociedad pre capitalista, abierta (sin alambrar) con tareas estacionales e indígenas que abrían sus toldos a los que huían de la justicia, lo era. La micro historia y la vida cotidiana surgen en 1990 como una ampliación casi contradictoria de incorporar el día a día de una familia o de un grupo familiar. Con guarismos demográficos y laborales aproximados sobre criollos y poblaciones indígenas; con más exactitud por su presencia infaltable en censos y periódicos para los inmigrantes, hacía falta un enfoque más ajustado. Saltar del bosque al árbol sigue siendo una metáfora útil. Un árbol, como Martín Fierro, suele brindarnos información que no nos ofrece un bosque, aunque lo observemos durante varios días. El problema es la representatividad de ese ejemplar respecto al bosque en cuestión. Pero ello es entrar en ver si hablamos de criollos y elegimos un gaucho o al revés, tema que no amerita analizar hoy ni cabe en el espacio que nos brinda la jornada.

Ese nicho en el que se movía Martín Fierro -al menos cuando anduvo en los bosques del Tuyú-, no era una meseta ni estático. Los procesos que anunciábamos al principio, desatados desde las fábricas ingresas por todo occidente, eran nubes que cubrían durante un tiempo un paisaje, para luego ser desplazados por vientos que agregaban novedades en lo cotidiano y presagiaban cambios en futuros cercanos. Sólo había que presagiarlos, anticiparse, adivinarlos como el criollo que sabe de una tormenta aún con el cielo azul sobre su sombrero. Pero una cosa es una tormenta observando movimientos en los animales y otro, el humo apenas visible de una fábrica lejana que ahora no demanda cueros de estancias sino lana, producto que exige pastores, galpones, corrales, esquiladores y carretas, además de familias que colaboren con el pastor. Aquello era tan novedoso, al sur del Salado después de 1860, que tomó des-

prevenido a la gente de a caballo como una granizada de las feas, lejos de cualquier árbol.

Allí, en medio de esa tormenta perfecta formada desde 1850 y que comienza a relampaguear a fines de los sesenta, vagaban Martín Fierro y Juan Moreira, entre otros. El ejército que se volvía a un sur descuidado por eventos castrenses al norte, se sumaba a la llegada de miles de inmigrantes que conformaban una cuña destinada a presionar sobre espacios amplios, en manos de pocos, pero que los gringos no dudarían en reclamar a cambio de solucionar el déficit demográfico y laboral. La Constitución los amparaba abismalmente frente a los criollos y eso crispaba los ánimos, incluso de intelectuales como Hernández. El escritor, con sangre nacionalista en el buen sentido en sus venas, no disfrutaba de la pobreza de los dueños naturales del lugar, los que conocían sus olores y sus hierbas medicinales, sus animales rastreados y el agua de un manantial que salvaba un ejército entero por la experticia de un baqueano.

En ese paisaje, recuperado desde la teoría y los avances de la demografía, geografía, indigenistas, especialistas en historia rural y arqueólogos, podemos buscar sin necesidad de lupas a gauchos como Fierro. Visibles además por una movilidad de supervivencia, individualidad y falta de arraigo a un espacio denegado desde que fuese levado en su rancho y alejado de la familia. Para buscar caracoles se puede recortar el espacio a huertas o jardines con plantas de hoja, también a estacionalidad de lluvias; si uno busca gauchos, es preferible comenzar por espacios semiabiertos en los márgenes de los poblados, a mitad de camino de aquellos y las tolдерías, en cañadones impenetrables de las sierras centrales. Los almacenes y pulperías solían ser pequeños refugios donde llegaba a guarecerse del frío o una lluvia interminable, aunque también de una seca prolongada. Eran lugares de paso que los obligaba a moverse -y exponerse- en cruces de caminos principales.

Actualmente Literatura e Historia se encuentran más cerca. La apertura de una ciencia inicialmente dedicada a recuperar hechos trascendentes entre

los estratos altos, demasiado tiempo endogámico moviéndose entre académicos, desbordó sus murellas de papel para informar a un público necesitado de conocer sus orígenes. El uso de herramientas literarias, por ejemplo, metáforas, son bienvenidas (en un uso medido y racional) a la historia. Disparadores para pensar y exitosas en la llegada a un público neófito. La idea de un escenario, actores y libretos, además de un público que observa de lejos representando gente marginada de la historia, sigue siendo útil. Lo más importante en este recurso, es que hemos girado los reflectores de los actores protagónicos en el escenario a los secundarios y extras que suelen hacer de pueblo, con más mímicas que libreto, a veces silenciosos hasta el aturdimiento. Con ello, comprendimos muchas cosas.

Los libretos no son -en términos de movilidad y participación en el escenario- una herramienta menos eficaz para comprender la psiquis de sujetos históricos marginados de su tiempo. Uno puede pasar por la vida creyendo que vive como una hoja al viento, pero en realidad, esa ventisca y el estatus de hoja lo sitúan en un momento, una estación anual más o menos perenne le brindan temporalidad y protagonismo en el medio en que se mueve. Si los criollos pobres siempre tuvieron un libreto modesto, corto en páginas y rígido, el de obedecer o marchar a la campaña -o forzados a una estancia-, el de los indios amigos fue similar en cuanto esquemático desde 1860. Los inmigrantes, y ello fue parte de la fobia, subían al escenario sin libreto, improvisando, aportando ideas que traían en su bagaje y los favorecía en actividades relacionadas a la tierra, la cría del ovino, la mediería y el acopio, etc. No estar sujetos a un libreto, relaja el día a día, anima a proponer soluciones intermedias entre lo que hacían en sus caseríos y lo que ven que escasea en el nuevo lugar. Los inmigrantes, al igual que indígenas y criollos, no conformaban un colectivo homogéneo, aunque esto sea otra puerta a dejar cerrada por temor a alejarnos del hilo conductor que nos reúne. Sin embargo, los escasos gauchos pampeanos podían devenir a criollos formando una familia y asentándose, del mismo modo que un criollo ago-

biado por la injusticia y su desequilibrada balanza de obligaciones y derechos, trepaba a la condición de gaucho y se largaba huyendo de sus penurias.

Hemos discutido mucho la forma de recortar una etapa de la historia para hacerla asequible, intentar comprenderla y recuperarla, con la mayor cantidad de protagonistas posibles. Después de 1980, en Argentina, también se levantó el telón de una historia para los hombres sin historia. Allí estaban, detrás de bambalinas. Seres que, según su sexo o estrato social, su condición alfabeta o no, su procedencia y el hecho de nacer en un país con escasa demografía y muchas guerras, no pudo elegir el sitio en el escenario, ni en la platea, ni siquiera en las gradas más alejadas. Algunos quedaron fuera de un teatro abierto, incluso eligiendo marcharse sin escuchar la obra desde la lejanía. La mayoría de las personas tiene una percepción de su tiempo, cuenta o no con capacidad para prever un cambio económico, político o social en el micro universo que se mueve. Muy pocos perciben una tormenta lejana como la que se desata con el aleteo de una mariposa en las fábricas inglesas y promueve el vendaval al otro extremo del planeta, incluso en la apacible campaña bonaerense. Sin embargo, con sus intervenciones y expresión de ideas, los sujetos históricos intervienen tanto como los que optan por el silencio y la marginalidad. Están allí, con la misma potencialidad de un malón largamente anunciado pero que no sucede. Los miles de criollos cuasi mudos que nos señalan las fuentes, conformaban un cimiento castrense y laboral prioritario, lo que los alejaba de la adquisición de tierras en un lugar donde sobraban.

En un espacio precapitalista como el sur del Salado de entonces, se sumaban posibilidades y fricciones al drama de seres como Fierro, los criollos pobres y los indígenas, pero también a los extranjeros. En definitiva, a los personajes que habitan las páginas del Martín Fierro o el Moreira de Gutiérrez. Aquellos gauchos eran una especie destinada a la extinción y Hernández lo observó como si fuese un entomólogo o acaso un ornitólogo especialista en migratorias, huidizas, individuales u observadas en parejas y por momentos, virulentas. ¿Cómo podían evitar, inclu-

so teniendo a Darwin cerca en la década de 1830, semejante destino? El cambio de paisaje era comparable en su caso a la llegada del holoceno para los animales prehistóricos adaptados al frío glacial. No había tiempo de mutar; en el mejor de los casos podían intentar acriollarse en un rincón, tomar jornales y abandonar el deambular, acaso aprovechar su bravura ofreciéndose como laderos de políticos siempre en peligro. Acostumbrados a moverse en los márgenes de la civilización, a trocar cueros y plumas en el almacén como los indígenas, por ginebra y otros vicios, a matar un animal o enlazar un caballo cimarrón cuando se lastimaba el propio, resultaba difícil acomodarse a horarios y estructuras, a instituciones, moverse entre seres que hablaban otras lenguas y tenían costumbres exóticas.

Esos cambios que solemos llamar procesos, conformaban coyunturas que moldeaban de alguna manera las posibilidades de movilidad y protagonismo en el escenario. Cuando cayó el telón al terminar un acto demasiado largo del drama pampeano, alrededor de 1865/70, personajes como Fierro se habían largado tierra adentro, a los márgenes y por qué no, a los toldos. Una década más tarde, la nube negra se había alejado, tras varias epidemias, nuevas fricciones armadas y no pocos muertos. El paisaje era otro, recortado por cercos y alambres, cuando no zanjas, los fortines se desarmaban y la gente se llevaba palos chuecos siempre escasos para apuntalar sus ranchos. Los pocos indígenas que deambulaban, lo hacían en poblados o cerca de estancias. Las nuevas generaciones de criollos se convirtieron, al menos los que pudieron, en puesteros, aunque consiguieron ocasionalmente changas como arriar vacas y caballos hasta la estación de trenes más cercana o para entregarlos al ejército. El telégrafo y el rémington habían expulsado del escenario a los indígenas, pero también a los últimos gauchos.

Pastores vascos, irlandeses y franceses se ocupaban de las ovejas que necesitaba Inglaterra mientras que los daneses y algunos italianos experimentaban con cereales en un lugar donde las heladas y el calor del verano demandaban ajustes. La tierra se llenó de propietarios entre los que no hubo indíge-

nas milenarios ni sufridos criollos desde la colonia. La vuelta del senador Hernández que seguía enojado por las formas de terminar con los caudillos arrastró a Fierro como una sombra para que regrese al pago. Fierro, que pudo enfrentar a negros fieros y milicos que lo rodeaban, no podía luchar contra un rémington ni tampoco frente a una pluma y un tintero. Dejó de vagar, de peludiar para comer o tener algo que ofrecerle al almacenero a cambio de ginebra y tabaco. Hernández lo rescató de un nicho hostil, presagió claramente un cuello de botella al vagabundeo y la libertad de aquellos jinetes que, irónicamente, terminarían siendo símbolos de la identidad de los argentinos.

Podemos rastrear, como baquianos de huellas documentales, el derrotero de Fierro o cualquier otro personaje tildado de bandolero o bandido social, según el pago y el acto justiciero que dejara como sello a su paso. Podemos armar una historia nominal con unos pocos datos, ampliando nuestra mirada a la totalidad de los personajes, desde los protagónicos hasta los marginales, que raramente se acercan y menos aún, se expresan. El registro es esquivo en la época que estudiamos. El Estado no contaba con recursos financieros ni humanos para hacerlo, además de estar ocupado en menesteres siempre prioritarios como guerras o epidemias, cuando no la llegada en oleadas de extranjeros que

debía atender. Los periódicos de la época aluden -aunque poco- a gauchos, criollos, indígenas, milicos, jueces de paz. Las revistas satíricas los caricaturizan desde 1880/90, exagerando sus costumbres y plasmando estereotipos. Los registros judiciales dejaron rastros de aquellos seres esquivos e irascibles ante la injusticia. Debemos movernos en la sombra de la nube de esa época para encontrar a Fierro o acaso imaginar casi sin margen de error el laberinto por el que optó moverse, entre tierras vacías pero ajenas, animales sueltos en la inmensidad, pero con dueño que vivía en Buenos Aires, milicos que lo acorralaban en un almacén por no tener papeleta y lo destinaban a cuidar la frontera y el ganado de un territorio que se le presentaba ajeno, aunque era quien más lo conocía.

La cocina de la historia nos ayuda a pensar en los ingredientes que contó Hernández sobre la mesa para escribir el Martín Fierro. La cantidad de sal o azúcar era parte de su ponderación de ese punto medio, agridulce, según había visto en vidas duras que dejaban escapar una sonrisa con el ritmo de una milonga o en la fiesta que traía un fuego con mateada larga en un reparo hasta que escampase una lluvia que no se preocupaba en calcular. Fueron actores protagónicos de una época, aunque prefirieron ofrecer sus mejores actuaciones en las afueras del teatro.